

El artículo del día

# La red, el gran enemigo de la democracia

Una cuestión política de calado no puede reducirse a un centenar de caracteres, y menos sus soluciones

CÁNDIDO  
Marquesán\*



Se pensaba todavía a comienzos del siglo XXI que Internet crearía un escenario público de debate, aspiración de toda democracia. La abundancia de información y su libre accesibilidad contribuiría a la formación de la opinión pública desconocida hasta ahora. El tránsito de una comunicación radial (con un centro inteligente, el medio de comunicación y múltiples receptores) a otra en red (donde cada receptor de información es un potencial difusor y creador de nueva información) sería el paraíso soñado con una ciudadanía muy informada, capaz de controlar a sus gobernantes.

Evidentemente, la proliferación de información en red no supone necesariamente una mejora en los mecanismos de formación libre de la opinión pública. La sobreinformación supone muchas veces una forma de subinformación, además de excluir, lo que es clave en la libre formación de la opinión pública, la información no deseada. En la red buscamos la información, que nos reafirma en nuestros prejuicios y no la que, especialmente, más necesita una opinión pública. Aquella que los cuestiona, y nos obliga continuamente a contrastarlos, o incluso a cambiarlos.

En la red a su vez se producen hechos inadecuados para la correcta información de los ciudadanos. Encontramos problemas respecto a la traducción de la ilegibilidad de la realidad y respecto a la buena fe en la transmisión de la información.

En la primera cuestión, el que cualquiera se convierta en emisor de información genera una irreversible y progresiva reducción de las posibilidades de presentar los complejos problemas políticos, sociales y económicos en mensajes comprensibles (legibles) para los ciudadanos. En gran parte de la información de la red no hay análisis, ni estudio de las múltiples consecuen-

cias de los problemas que los gobiernos han de resolver. Hay simplificaciones y en muchas ocasiones puros y duros errores. Esto va a ser especialmente grave con el uso de algunas formas de comunicación, como en Twitter. Una cuestión política de calado no puede reducirse a un centenar de caracteres. Ni mucho menos sus posibles soluciones. Mas, el mensaje así elaborado y remitido es simple, poco exigente para su comprensión, rápido de leer y de reenviar. Por el medio se pierden muchos matices y la mayoría de las aristas del problema. Mas, estos mensajes tienen aparente éxito y difusión inmediata. Preferimos los mensajes directos y claros dirigidos más a las emociones que a la razón. En esta vida apresurada, en la que solo nos falta tiempo para las cosas realmente importantes, el éxito de los mensajes se reduce a contar los me gusta, lo que no significa

**En esta vida apresurada en la que solo nos falta tiempo para las cosas importantes, el éxito del mensaje se reduce a contar los me gusta**

que se hayan leído. Obviamente no sirven para formar la libre opinión pública. Lo que provoca es su infantilización y, el embrutecimiento del discurso público.

Pero también en la red la buena fe en la transmisión de información se ve dañada. En general en los medios tradicionales la información se sometía a determinados controles. El desprecio a la verdad, la no comprobación o el tratamiento desleal de los contenidos eran detectados y subsanados antes de que se convirtieran en comunicación. Además la profesionalidad de los componentes de los medios aseguraba cierto nivel de claridad y de buena fe en la información. Lo que no quita que hubiera medios que no cumplieren estos requisitos. Pero la gente sabía distinguir

entre prensa seria y sensacionalista. La comunicación en red modifica radicalmente esta situación. Ya no hay controles internos sobre la calidad de la información, salvo en la versión online de los viejos medios analógicos o de las instituciones públicas. En la red no existe garantía de una adecuada comprobación. No hay obstáculos para que emisores transmitan mensajes que saben que son falsos. Nace así la posverdad. La opinión pública ya no se forma a través de hechos de buena fe presentados. Son mensajes emocionales que pueden no tener ningún apoyo fáctico. Y este panorama todavía se agrava más si tenemos en cuenta la posible presencia de grupos económicos o políticos con sus propios intereses. La campaña de **Bolsonaro** fue del algoritmo, las *fake news* y el WhatsApp, las armas de destrucción matemática de la realidad. Este factor explica que el último mes de campaña duplicó su intención de voto. Una vez que Facebook, tras los escándalos en Estados Unidos, cerró, al menos parcialmente, su plataforma a las *fake news*, los estrategas de Bolsonaro descubrieron un hueco por donde colarse en una plataforma de comunicación directa y cerrada como WhatsApp y desarrollaron una campaña sin precedente de guerra sucia, utilizando herramientas como *big data* y excelente segmentación, para sembrar noticias falsas que apuntaban directamente al imaginario de la gente común.

¡Cuánto daño ha hecho la red para agravar el problema de Cataluña! Tanto desde el lado independentista como del unionista español se han lanzado graves insultos, descalificaciones y tópicos infundados. Mensajes muchos falsos y, aun así, a pesar de la sospecha que levantan, se han reenviado rápidamente y quizá sin leerlos porque el deseo que se tiene de que sean verdaderos se antepone a la realidad. Lo grave es que han propiciado un discurso de odio y de humillación contra el que piensa diferente, con opiniones incendiarias, que han normalizado la tolerancia hacia la violencia verbal. ≡

\*Profesor de instituto

Alégrame el día

ROBERTO  
Malo\*



## En el Gran Cañón

Los que hayan leído mi libro *Los guionistas* (o la versión en cómic dibujada por **Moratha**) ya sabrán que la última parte de la historia transcurre en Las Vegas, y que una vez allí los protagonistas realizan una excursión en helicóptero al Gran Cañón del Colorado. Para escribir esta parte, un servidor (como un profesional) se documentó a fondo. Ni corto ni perezoso me fui a Las Vegas y realicé dicha excursión para luego poder reflejarla fielmente en el libro. En Las Vegas me alojé en el hotel Luxor (al igual que nuestros protagonistas, por cierto), con la gran pirámide egipcia de la entrada, y desde allí una limusina nos llevó a mi mujer y a mí al helipuerto. Desde el helicóptero, junto al piloto, con los cascos en la cabeza, la visión del paisaje resultaba espectacular. El Gran Cañón es algo sobrecogedor, abrumadoramente hermoso. En una meseta se posó el helicóptero, y paseamos un buen rato, románticamente, envueltos por las laderas del Gran Cañón. Lo cierto es que en semejante entorno uno se siente en comunión con la naturaleza de una forma casi mágica. Resulta paradójico que para alcanzar el cielo haya que pasar antes por la ciudad del pecado. Regresemos al atardecer, con un cielo rojizo (preludio nocturno), ciertamente precioso. Llegamos de noche a Las Vegas, una ciudad preñada de luces, siempre viva, sobrevolándola como tantas veces habíamos visto en la gran pantalla; a veces la vida es como una película. Si no te llama el juego, Las Vegas es una ciudad maravillosa, un parque de atracciones para adultos. ¡Viva Las Vegas! ≡

\*Escritor y cuentacuentos

Hablando claro

# Tenemos que hablar

SANTIAGO  
Gascón\*



Tenemos que hablar, y mucho. A partir de mañana, en Estrasburgo, en Bruselas, en la Aljafería y en el ayuntamiento de nuestro pueblo. Debemos colgar ya los eslóganes, las frases hechas, las líneas rojas, el posturo, y debatir serenamente con auténtica intención de construir.

Comenzando por quienes no tenemos cargo político y siguiendo con nuestros representantes, debemos recuperar el poder de la palabra y la generosidad del consenso. Retomar expresiones simples que perdimos, como «por favor», «gracias» o «perdón». Perdón sí, que quienes se empeñan en que la memoria permanezca enterrada, suelen ser los mismos que quieren pastorear con el miedo al terrorismo, y a olvidar que todos los muertos son nuestros muertos. El ejercicio de recordar, como el de soñar, nada tie-

ne que ver con el resentimiento ni con la derrota, sino con poner a las cosas y a las personas en su sitio y pronunciar sinceramente un lo siento.

Tenemos que lograr que cese el ruido y poder escuchar lo que se dice en Madrid y en Barcelona, para saber discernir entre sensateces y estupideces, que de todo se suelta. Conseguir igualmente que se oiga a las mayorías y a las minorías, y también a este Aragón que siempre queda en un limbo de nadie.

Europa, que hace gala has-

ta en los billetes de su tradición en abrir ventanas y en construir puentes, ha mostrado idéntica facilidad para dar portazos o dinamitar caminos. No es momento para el pesimismo, pero la amenaza de la fragmentación y del odio sigue siendo un foco activo y algunos parecen interesados en avivarlo.

Ya lo creo que tenemos que hablar y, sobre todo, escuchar. Ese esfuerzo entra en el sueldo de nuestras diputadas y de nuestros concejales, y tengo la convicción de que nos asiste el derecho pa-

ra pedirles que se dejen de patalatas y de berrinches, para exigirles que se ganen la confianza que les hemos entregado, para que ejerzan su servicio con unas miras que vayan más allá de una legislación.

Tenemos tanto de lo que hablar que no podemos perder el tiempo discutiendo sobre el color de los lazos y de las banderas. Hablar de convivencia, de respeto, de salud, de educación, de investigación, de vivienda, de cultura, de protección al más débil... y, sobre todo, de la libertad de hablar, sin insultar, sin herir, sin mandar callar, sin aplastar. ≡

\*Escritor y profesor de la Universidad de Zaragoza